

Política e intelectuales en la España del siglo XX

Antonio Manuel Moral Roncal
y Antonio Cañellas Mas (coords.)



Política e intelectuales en la España del siglo XX

UAH MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 67

Política e intelectuales en la España del siglo XX

Antonio Manuel Moral Roncal
y Antonio Cañellas Mas (coords.)



Universidad
de Alcalá

SERVICIO DE PUBLICACIONES

1.ª edición: 2017

Fotografía de portada:

© Marisa Flórez / Ediciones *El País*, S.L. (1981)

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Universidad de Alcalá, 2017
Servicio de Publicaciones
Plaza de San Diego, s/n.
28801 Alcalá de Henares
www.uah.es

ISBN: 978-84-16599-54-7

Realización: Imprenta ROAL
Gamonal, 5. 28031 Madrid

Impreso en España – *Printed in Spain*

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Introducción	9
I. Pío Baroja y Nessi. Un intelectual ante la II República	15
FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN	
II. El catalanismo en Melchor Fernández Almagro	39
ROBERTO VILLA GARCÍA	
III. Intelectuales bajo asilo diplomático en la Guerra Civil Española	79
ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL	
IV. José Luis López Aranguren o la permanente conciencia desdichada. . .	131
PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS	
V. Lorenzo Villalonga: un intelectual frente a la decadencia de Occi- dente.	163
ANTONIO CAÑELLAS MAS	
VI. Un intelectual cristiano ante el Concilio Vaticano II: José Jiménez Lozano	195
JOSEBA LOUZAO	

INTRODUCCIÓN

Se atribuye a Platón la invención del llamado *Síndrome de Siracusa*, esa llamada de los intelectuales a colaborar con los políticos que, en muchas ocasiones, ha finalizado con la decepción de ambos. Y parece confirmarse casi continuamente, incluso en la reciente Historia de España, pues tanto el escritor Jorge Semprún –ministro con el PSOE– como el poeta y filólogo Luis Alberto de Cuenca –secretario de Estado de Cultura con el PP– mostraron cierta desilusión tras su paso por el escenario político. Y eso que nunca faltaron quienes defendieron la presencia de filósofos, literatos, historiadores, dramaturgos... en los aledaños del poder político, argumentando que podrían aportar limpieza, independencia, libertad y principios éticos.

¿Cuándo surgió el término *intelectual*? Si el siglo XVIII bautizó de esta manera a algunas estrellas del firmamento cultural, el siglo XX los llevó a su máximo apogeo. Los hubo ardientes partidarios de la Ilustración, del Liberalismo, del Socialismo y de la Democracia, así como del Conservadurismo, del Catolicismo y del Tradicionalismo, no faltando aquellos fascinados por los totalitarismos: Comunismos y Fascismos¹.

En el amanecer de esta última centuria, durante el reinado de Alfonso XIII, eclosionó la llamada *Edad de Plata* de la cultura española, siendo sus ejes las generaciones de 1898, 1914 y 1927. En esa época, la prensa cimentó la fama de los intelectuales en quienes, algunos, proyectaron sus propios intereses ideológicos y

¹ Los motivos de la cerrada adhesión de algunos intelectuales a ideologías y regímenes que construyeron sistemas políticos tiránicos y genocidas ha sido objeto de análisis por parte de R. ARON, *El opio de los intelectuales*, Madrid, RBA libros, 2011; S. COURTOIS (ed.), *El libro negro del comunismo*, Barcelona-Madrid, Planeta-Espasa Calpe, 1998; P. JOHNSON, *Intelectuales*, Madrid, Homo Legens, 2008; T. JUDT, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007. Más recientemente, Gabriel Albiac ha resaltado la obra de Antonio ESCOBOTADO, que analiza las generaciones esterilizadas por la religión soviética de las finalidades históricas, esa amalgama de autoengaño, talento e ignorancia en su libro *Los enemigos del comercio III. De Lenin a nuestros días*, Madrid, Ensayo Espasa, 2016.

esperanzas de victoria. Unos cifraron la felicidad común en la construcción de un sistema democrático –muchos de los cuales terminaron defraudados y desilusionados del proyecto republicano–, otros se apuntaron a la contrarrevolución y a la defensa de un modelo político más cercano a los regímenes europeos imperantes en los años treinta, combinándolos con las que consideraban fuentes de la tradición cultural española. A través del impacto que provocaron las transformaciones políticas en la obra de Pío Baroja y su familia, analizadas por Francisco Javier González, atravesamos las tres primeras decenas del siglo.

Muchos intelectuales se involucraron en las principales controversias políticas de los años treinta, como la concesión del Estatuto de Autonomía catalán. Aunque no fue la única obra de las publicadas, probablemente *Catalanismo y República española* (1932), fue, en aquel momento, el análisis más profundo y sugestivo de los que aparecieron, cuyo estudio centra la aportación de Roberto Villa a este volumen. Valioso además por lo oportuno, pues salió a circulación semanas antes de que comenzara el debate sobre el Estatuto en las Cortes. Su autor fue Melchor Fernández Almagro, el que una década después se consagraría como uno de los historiadores españoles del siglo xx.

La Guerra Civil puso punto y final a la Edad de Plata, dividió el mundo cultural, científico, universitario y educativo, además de iniciar una represión, en ambas Españas, con un alto coste personal también entre los intelectuales: el arresto domiciliario entre los más afortunados (Unamuno), el asesinato (Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu, García Lorca) y el exilio. No resulta extraño por ello que muchos de ellos trataran de salvar la vida a través del asilo diplomático y consular que desplegaron las Representaciones extranjeras en España. A su frente se encontraban diplomáticos con aspiraciones culturales o intelectuales con misiones diplomáticas, pero lo cierto es que muchos de ellos protegieron a sus colegas españoles con quienes les unían tantos intereses y afanes intelectuales, como examina detenidamente Antonio Moral. La experiencia del asilo fomentó una literatura de exilio interior, que fue más allá del mero carácter testimonial o denunciatorio, como se analiza en ese capítulo². Por una parte, el espacio del refugio diplomático se convirtió en lugar retórico-político de resistencia y de crítica a la España contraria. Paralelamente, esas obras ofrecieron una dimensión ética que puso a prueba los límites morales del hombre, y desde la cual se condenaron políticamente opciones como el comunismo o se justificaron figuras autoritarias.

Al finalizar el conflicto, España asistió a la consolidación y crisis del régimen franquista, que nunca fue totalmente un páramo cultural, como han demostrado Julián Marías, Luis de Llera, Antonio Martín, José-Andrés Gállego, entre otros intelectuales e historiadores³. Precisamente, en el campo del pensamiento y la

² Este tipo de literatura continúa ofreciendo títulos como M. E. LABORDE PÉREZ TREVIÑO, *Objetivo: salvar vidas. México en Madrid, 1936*, Huixquilucan, Impresos Línea Gráfica, 2016. En esta novela, la nieta del embajador Pérez Treviño narra el asilo diplomático desplegado por el país azteca.

³ Entre otras obras, ver, al respecto, J. M. CUENCA, *La obra historiográfica de Florentino Pérez Embid*, Sevilla, CSIC, 2001; *Id.*, *Iglesia y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Actas, 2014.

filosofía, a partir de 1956 comenzó a producirse un cambio de mentalidad en las nuevas generaciones, adquiriendo cada vez una mayor especialización y una atención preferente a las ciencias sociales, como instrumento de investigación y de interpretación. En ese momento, aparecieron intelectuales que intentaron romper con planteamientos anteriores, como José Luis López Aranguren, que partiendo de actitudes tradicionales, comenzó a interesarse por planteamientos más inconformistas, cuya trayectoria intelectual y relación crítica con la política examina Pedro Carlos González Cuevas.

Desde el campo de la Literatura, el escritor mallorquín Lorenzo Villalonga intentó ofrecer una respuesta a la decadencia de Occidente y la crisis de los años treinta, la cual marcó su itinerario intelectual durante buena parte del siglo xx, como estudia Antonio Cañellas. Este historiador concluye afirmando que el desarrollo de la libertad dentro de los cauces de la civilización occidental, eminentemente fundada sobre los principios cristianos, constituyó el núcleo del pensamiento de Villalonga. Su obra denunció los excesos de la modernidad, demandando una rectoría inteligente por parte de las minorías que enderezara su curso y asegurase el porvenir.

Joseba Louzao resalta el interés por la figura del intelectual católico José Jiménez Lozano, pues permite recorrer la historia intelectual reciente, ya que se trata de un testigo excepcional de una época marcada por la transformación social, política y cultural de España, como fueron los años 60. Como se advierte, desde sus primeros trabajos en *El Norte de Castilla* se convirtió en una firma en el diario *El País* del tardofranquismo, para pasar con el tiempo a engrosar la lista de columnistas del *ABC* primero y, posteriormente, de *La Razón*.

La Transición Democrática y el reinado de Juan Carlos I (1975-2014) se forjaron bajo las bases de la reconciliación, la superación de la Guerra Civil y la construcción colectiva del presente. Numerosos intelectuales colaboraron en esa tarea desde diferentes foros, incluso desde el político como el profesor Tierno Galván –fundador del Partido Socialista Popular y alcalde de Madrid–, el historiador Luis Miguel Enciso Recio –senador por la Unión de Centro Democrático–, el poeta Rafael Alberti –diputado por el Partido Comunista–, la historiadora Carmen Llorca –diputada por Alianza Popular–, la cineasta Pilar Miró –directora general de Cinematografía en el primer gobierno socialista– y otros muchos.

No obstante, los grandes protagonistas de la Transición fueron los políticos, no los intelectuales. Los padres de la Constitución de 1978 fueron profesionales del Derecho y catedráticos, pero no intervinieron en calidad de intelectuales, sino

J. FOMERTÍN y otros, *José Ibáñez Martín y la ciencia española: El CSIC*, Madrid, CEU ediciones, 2016; L. LLERA, *La modernización cultural de España, 1898-1975*, Madrid, Actas, 2000; J. MARÍAS, *Filosofía actual y existencialismo en España*, Madrid, Revista de Occidente, 1955; *Id.*, *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1996; A. MARTÍN PUERTA, *Ortega y Unamuno en la España de Franco: el debate intelectual durante los años cuarenta y cincuenta*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2010; *Id.*, *El franquismo y los intelectuales*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2015; E. PASCUAL, *La política del último Unamuno*, Villares, Anthema, 2003.

como representantes del Parlamento. Pero, según Pecourt, las diferentes corrientes intelectuales supervisaron –de una u otra manera– su elaboración desde plataformas como la liberal *Revista de estudios políticos*, la socialdemócrata *Cuadernos para el diálogo* y la eurocomunista *Nuestra bandera*. Una encuesta del CIS realizada en el año 2000 situó al rey Juan Carlos I a la cabeza de aquellos que habían contribuido decisivamente al éxito final de la Transición, con una puntuación de 8,1, seguido de los ciudadanos en general, con un 7,8, consiguiendo los intelectuales un 6,9 en la apreciación popular⁴.

La Corona ha venido reconociendo la labor de los intelectuales en la construcción de la España actual, de tal manera que, desde 1975, una de las audiencias anuales más importantes –organizadas por La Zarzuela– ha sido el encuentro entre la familia real y los representantes del mundo de las Letras y las Ciencias. Los asesores regios trataron de responder, de esta manera, a la falta de comunicación que hubo entre Alfonso XIII y los intelectuales, la cual ha sido subrayada por historiadores de dicho reinado. En esta misma línea se puede relacionar la concesión del collar del Toisón de Oro al escritor José María Pemán, el apoyo a la Fundación Príncipe de Asturias y a sus premios, así como la concesión de títulos de nobleza –de carácter honorífico– a historiadores como Gonzalo Anes (marquesado de Castrillón) y Carmen Iglesias (condado de Gisbert); a artistas como Salvador Dalí (marquesado de Dalí de Pubol), y Antoni Tàpies (marquesado de Tàpies); a Roser Rahola –viuda de Jaume Vicens Vives– (baronía de Perpinyá); escritores como Camilo José Cela (marquesado de Iria Flavia) y Mario Vargas Llosa (marquesado de Vargas Llosa); músicos como Andrés Segovia (marquesado de Salobreña) y el maestro Rodrigo (marquesado de los Jardines de Aranjuez); arabistas como Emilio García Gómez (condado de los Alixares), además de científicos, juristas, dibujantes, académicos y, en memoria, a familiares de Valle Inclán y Gregorio Marañón.

Si bien la participación de los intelectuales en la vida política ha sido alabada e incluso premiada de una u otra manera, como señaló Pierre Bourdieu, también ha desilusionado a aquellos que en el campo del periodismo y la política observan la práctica intelectual como una amenaza a su monopolio sobre la opinión pública. No obstante, denunciar esa circunstancia no excluye a los intelectuales de la crítica y de la autocrítica. Bourdieu defendió que la reflexividad inactiva es un prerequisite de toda acción política de los intelectuales, pues deben realizar una crítica permanente de los abusos de poder o de autoridad⁵. En su opinión, los intelectuales deben siempre trabajar para producir y diseminar instrumentos de defensa contra la dominación simbólica que descansa cada vez más en la autoridad de la ciencia y puede cumplir una función positiva al contribuir al trabajo colectivo de invención política.

⁴ R. CONDE, «Intelectuales implicados en la política», *El País*, 29 de abril de 2014. Asimismo, ver J. PECOURT, *Los intelectuales y la transición política*, Madrid, CIS, 2008.

⁵ P. BOURDIEU, «Sobre intelectuales y política», conferencia magistral impartida en la Convención de la Asociación de Lenguas Modernas, Chicago, 1999. Del mismo autor, ver *Intelectuales, política y poder*, Madrid, Clave Intelectual, 2012.

Los autores que participan en este volumen, reflexivo sobre la relación entre política e intelectuales, pertenecen al Grupo de Investigación de la Universidad de Alcalá de Henares «*Historia Política de la España Contemporánea*» (referencia CCHH2012/F44) mientras otros han sido invitados a participar por la conocida calidad de sus investigaciones. El poeta y dramaturgo irlandés John Denham, en *Of Prudence* (1668), escribió que los libros deberían conducir a una de estas metas: sabiduría, alegría o utilidad. Los lectores juzgarán el termino a la que les ha conducido la lectura del que le ofrecemos.

I. PÍO BAROJA Y NESSI. UN INTELLECTUAL ANTE LA II REPÚBLICA

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN

Universidad de Alcalá

INTRODUCCIÓN

Resulta singular la opinión que en general se tiene sobre el 98 en la actualidad, no solo entre el ciudadano medio sino en medios universitarios, tanto entre el alumnado como en el profesorado. A los miembros de esta «mal llamada generación del 98» se les achaca: su pesimismo, la excesiva egolatría de unos individuos que «escribían para ellos» y no llegaban al «pueblo», su crítica regeneracionista calificada, aun, de excesivamente abstracta y teorizante, su amor a España, su nacionalismo, tan inopinadamente mal visto o entendido –actualmente– que conlleva un desprecio oculto hacía aquello que decían amar, es decir, lo popular.

Pero que su mensaje no llegase a las masas resultaba lógico, dado el bajo nivel cultural y el analfabetismo reinante, ya que escribieron para quien supiese leer. De entre ellos, Pío Baroja (1872-1956) fue uno de los más cercanos a ese pueblo, aunque pareciese lo contrario por su aparente carácter huraño o misántropo; sin embargo, aunque fuera brusco en sus aseveraciones, era no solo hondo en sus diagnósticos como médico escritor y en sus análisis someros, sino que se mostraba afectuoso con sus interlocutores. Y aunque sus amistades se contaban entre lo más granado de la intelectualidad, aquel «hombre malo de Itzea» según le denominaban sus vecinos, era realmente muy tratable y abierto con la gente sencilla. Para determinada opinión pública, que aun prevalece en los medios académicos, se formulaba así una postura paradójica desde una visión agridulce de la sociedad española o cuando menos, considerada despiadada entre costumbres y defectos nacionales. Por eso sus ideas sobre un régimen pretendidamente progresista como la Segunda República ofrecen mayor garantía de credibilidad dada su consagrada impronta liberal generacional o familiar.

De hecho, parece que no se les perdona a estos escritores su liberalismo radical, laico, individualista y anticlerical. Ideas y actitudes que parecían adelantar la república de la que no participaron –salvo Antonio Machado por circunstancias muy personales– pues la criticaron, desmarcándose de inmediato junto a la siguiente generación¹, sin impedimento para desarrollar una defensa mística del paisaje español o de lugares sagrados². De manera que ninguno de ellos se identificó ni con la derecha católica española ni con la izquierda revolucionaria, pues nunca participaron ni de la España clerical a ultranza ni del republicanismo, un mito firmemente establecido en la mentalidad actual.

Como poco, se les acusa de instigar la creación de una España ideal³, entre el ser y el deber ser, o parafraseando a Luis Cernuda en su dualidad entre «el deseo y la realidad». La misma imagen estética parece situarse al margen de las necesidades reales e inmediatas del pueblo. De manera que parecen esconder las deficiencias de una España desnuda: su pobreza, analfabetismo, retraso secular y cabileñismo. Un país brutal y hambriento, sin nada que preguntarse. Si bien aquí, en esta autocritica no basta con hablar de los noventayochistas habría que introducir sobre todo a la generación del 14⁴, disociando la llamada *República de las letras* del sistema político del mismo nombre, la República política.

Parece que izquierda y cultura semejan ser cosas iguales, cuando es una afirmación totalmente falsa y oportunista. Aun cuando se trataran de identificar ambas repúblicas, se está creando otro mito actual, asimilando aquella a esta. Baroja abogaba por la independencia intelectual, a lo cual cabe sumar el patriotismo de su generación, su defensa de la unidad nacional, el deseo de la revisión historicista⁵ hasta girar a posturas más conservadoras en su evolución, lo que a algunos como

¹ P. BAROJA, *La influencia del 98*, Obras completas (OO.CC.), Madrid, Biblioteca Nueva, 1947. T. V, p. 1241.

² P. BAROJA, *Camino de Perfección*. OO.CC., Madrid, Biblioteca Nueva, 1948. Tomo VI; M. UNAMUNO, *El Cristo de Velázquez*, Madrid, Espasa Calpe, 2009; L. LLERA, *Modernismo literario y religión*, Madrid, Actas, 2002; J. COZAR CASTAÑAR, *Modernismo teológico y adornismo literario*, Madrid, BAC, 2010.

³ T. PÉREZ VEJO, *España imaginada*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015; I. SAZ y otros, *La nación de los españoles*, Valencia, Universidad., 2012; F. GALLEGU, *Una patria imaginada*, Madrid, Síntesis., 2006; I. FOX, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1998.

⁴ Tal fue el caso de algunos miembros de la generación de 1914, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala, que crearon la Agrupación al Servicio de la República, el 15 de noviembre de 1930 y luego se desmarcaron de ella. Antonio Machado se vería arrastrado por los sucesos, sin voluntad, incapacitado por el miedo, presionado por los intelectuales radicales adictos no a la república liberal de los comienzos sino a la revolucionaria de la guerra civil, sin poder comunicarse con su hermano Manuel que estaba en la España nacional. Véase H. AZNAR y otros, *La generación de 1914. España ante su modernidad inacabada*, Pozuelo, Plaza y Valdés, 2015; y M. MENÉNDEZ, *La generación de 1914. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2007.

⁵ Común a todos los intelectuales en general y en particular a Ortega con *El tema de nuestro tiempo*. Madrid, Austral, 2003, o en sus *Lecciones de Historia Universal* o *Historia como sistema*, Madrid, Ed. Residencia de Estudiantes, 1935. Se aprecia en P. BAROJA «Los historiadores», «La Literatura y la Historia», «La Historia» o «Los datos de la Historia» en sus OO.CC., Madrid, Biblioteca Nueva, 1947. Tomo I. V., pp. 186-189, 1100-1103, 1124-1126 y 1139-1142; y en AZORÍN, *¿Qué es la Historia?* (Edición a cargo de Francisco Futre) Madrid, Forcola, 2015.

Ramiro de Maeztu y Whitney les costó la vida en 1936; otros como Azorín u Ortega tuvieron que acogerse a suelo diplomático; otra víctima del exilio fue Antonio Machado, el cual murió en penosas circunstancias, totalmente depauperado por la pena y el desengaño, apenas llegado a Coillure en 1939 y no porque fuese marxista, como hoy se le asimila, pues era un liberal de corazón.

Quizá todos ellos estuvieron a medio camino entre la España real y la ideal⁶, en defensa de un Estado moderno, avanzado no solo en lo material sino en lo espiritual. Todo lo expuesto no es perdonado por los enemigos de la llamada españolidad; pues, desgraciadamente, en nuestros días permanece acentuada la división entre españolistas y no españolistas. Es decir, entre los afecto al nacionalismo español como Estado unitario –al margen de los defensores de la España católica a machamartillo o como decía Antonio Machado del «cincel y de la maza»– y, desde luego, de los separatistas de turno. Tampoco lo pueden entender los que se autodefinen como progresistas, defensores de un mundo vacío, frívolo, sin valores firmes, pero muy burgueses, absolutamente materialistas.

De una generación enriquecida generacionalmente con el fruto de las desamortizaciones, germen de las haciendas de algunos miembros republicanos de izquierda jacobina como Manuel Azaña, de aquella burguesía surgió una especie de individuos que gustaban de las extravagancias *snoobs* de la residencia de estudiantes, de las gamberradas a lo Buñuel, Dalí y García Lorca, convertidas en genialidades de un intelecto irrepetible, pero sin que aquellos burgueses ni los actuales alcanzaran a comprender el auténtico valor intelectual de su obra, dado que existe continuidad entre aquella burguesía conservadora en lo económico, pero pretendidamente progresista en lo político. De estos también habló Pío Baroja⁷, señalando que fuera de su ostentación económica –para ellos– no hubo nada serio, todo fueron poses, pero les sirvió para mantener su status quo o protagonismo social. Un mundo concurrente en aquella «*gauche divine*» de la última posguerra europea, hasta absorber o mimetizar la mentalidad a los españoles de hoy en esta causa. Los actuales van a la universidad reviviendo su 68 particular, tratan de adoctrinar al alumnado inexperto al tiempo de intentar recuperar su juventud perdida y reciben o tratan de asimilar para la sociedad actual la retórica, el radicalismo oportunista e imagen política de Manuel Azaña, Niceto Alcalá Zamora, Alejandro Lerroux, Álvaro de Albornoz, Miguel Maura, Diego Martínez Barrio o Marcelino Domingo con los que se identifican. De manera que se sigue exculpando la sed de venganza de las clases populares azuzadas por aquellos individuos, defendiendo la sin razón, el caos irracional de la denominada «violencia republicana» que todo lo legitima frente al «fascismo agresor»; un término reinventado como si todos los católicos, los terratenientes, los empresarios agrarios e industriales lo fuesen, utilizando el mismo lenguaje totalitario.

⁶ La frase es atribuida a José Ortega y Gasset. Ver S. RÁBADE, «Ortega y Gasset en la memoria: la presencia permanente del pensador», *Aportes*, 20 (2005), pp. 45-61.

⁷ P. BAROJA, *La Caverna del humorismo*, en sus *OO. CC.* Tomo V, pp. 484-485.



Pío Baroja.

Una actitud que no distinguió entre sus enemigos al catolicismo, a los monárquicos y a la derecha no republicana pero tampoco monárquica. De entre los líderes de la república unos pertenecían a una burguesía como Azaña o la familia Maura —condes de Gamazo hijo y sobrino del líder conservador fallecido—, otros figuraban entre los ex-ministros de la monarquía como Alcalá Zamora o Miguel Maura. La mayor parte eran logreros, demagogos ateneístas como Azaña, Albornoz o Marcelino Domingo, siendo algunos masones de una gran ambición, aunque incapaces de dar solución a los graves problemas sociales heredados de todo un siglo. Fueron ensoberbecidos por la prensa, la opinión pública o por su aparente carácter docto. Todos estaban resentidos con una monarquía a la que acusaron de traidora a la Constitución de 1876, de abrazar una dictadura, fomentando la reinvencción de un odio antimonárquico y anticatólico, muy semejante al de los burgueses de la revolución de 1789. Unos fenómenos que paradójicamente les impulsaron a un incendio generalizado, a la vez que se convertían en circunstancias que se desviaban de la realidad social de aquel momento, que tiende a disociarse o dividirse al buscar el enfrentamiento⁸. Si triunfó momentáneamente la República fue por el agotamiento al que llegó una monarquía acosada de problemas. El auge del obrerismo revolucionario, África, el anticlericalismo, el separatismo regional, el antimilitarismo y el caos de los partidos políticos probaron su capacidad de supervivencia entre 1898 y 1931⁹. Su incapacidad para lograrla dejó abierta la oportunidad de medrar o dar a conocer a los posibilistas de la república, creando el espejismo de una falsa esperanza, sobre todo para los más desfavorecidos.

⁸ Sobre la solución republicana idealizada ver R. MARTÍN y G. PÉREZ, «Ricardo Macías Picavea y el mito de la república necesaria», *Aportes*, 18 (2003), pp. 35-44.

⁹ M. MAURA, *Así cayó Alfonso XIII*, Barcelona, Ariel, 1995, *Id.*, *Como y porque cayó Alfonso XIII*, Barcelona, Planeta, 1997.

Sin embargo, estos prohombres de la izquierda burguesa vivían en su torre de marfil, lo que les hacía ajenos a la causa que decían defender. Esta clase política ofreció una imagen antisocial pero también antipatriota, aunque ellos presumieran de lo contrario¹⁰, y engañaron con su retórica demagógica y su discurso radical a unas masas desposeídas, cuya capacidad de razonar resultaba difícil, según hicieron patente Le Bon o Freud en sus respectivas obras, *La psychologie des foules* (1897) o *La psicología de las masas* (1920), de las que el propio Ortega se hizo eco en su obra *La rebelión de las masas* (1925); apareciendo una sociedad cada vez más desestructurada que se fue desmarcando paulatinamente del sistema republicano liberal incipiente (o de su apariencia moderada) y de sus vanas promesas, mientras que dicho proletariado se inclinaba hacia el socialismo, el comunismo o el anarquismo que nunca pactó con gobierno moderado.

Una situación que adelantaba las graves divisiones internas, ideológicas, de clase, de objetivos entre las diversas fuerzas políticas de un sistema, que hoy esta mitificado y endiosado, a modo de paraíso perdido de las clases populares. Aquellos individuos y sus partidos galvanizaron a una población contra sus enemigos políticos, no carentes de razón en parte, pero plenos de resentimiento, de revanchismo, suscitando el odio de clase¹¹. Generaron un incendio intelectual de tal magnitud que se combinaron los excesos del separatismo, el antimilitarismo y anticlericalismo, de tal forma que cuando las clases sociales se alzaron, los provocadores no supieron pararlas, porque ellos soñaron también con una revolución que anhelaban liderar.

Todo ello resultó ser una herencia decimonónica según demostraron H. Gunther Dahms, Hugh Thomas, Gerald Brenan, José María García Escudero o Rafael Pérez Delgado –tesis admitida en parte por Andrés Trapiello, Santos Juliá o Álvarez Junco– resultado de un país que no ofreció solución a tiempo a sus problemas internos. Una problemática que se enquistó y complicó con las nuevas realidades europeas, de una forma más global¹².

CLASE POLÍTICA Y CONCIENCIA SOCIAL EN ESPAÑA

En ninguna otra cosa tenía Pío Baroja tan poca fe como en la política española. De ahí su continua crítica imprecatoria y execrable contra «esa turba de

¹⁰ M. MÁRQUEZ PADORNO, *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo estado*, Madrid, fundación José Ortega y Gasset, 2003, p. 269. Asimismo, F. ROJAS, «El mito del bienio negro y la lealtad de Azaña y los socialistas a la República (1933-1935)», *Aportes*, 16 (2001), pp. 99-108.

¹¹ J. BLÁZQUEZ, «La violencia político-social en los primeros meses republicanos», *Aportes*, 68, (3/2008), pp. 35-61; Id., «La problemática huelguística durante el primer bienio republicano», *Aportes*, 65, (2007), 75-97.

¹² M. SANTIRSO, *La guerra civil española en la guerra civil europea*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011; S. PAYNE, *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Madrid, Temas de Hoy, 2011; M. ÁLVAREZ TARDÍO y F. DEL REY (eds.), *El laberinto republicano*, Madrid, RBA libros, 2012.

politicastros vanidosos, demagogos y egoístas»¹³. Toda idea de reforma, incluso de regeneración chocaba contra la inercia, la pasividad o la incompetencia de la clases política en general; así expone «para mí, un político es un retórico, a quien no hay que tener en cuenta, el gobierno que no haga nada es el mejor (...)»¹⁴. En otro apartado siguió diciendo: «Para muchos ganar el tiempo, es sin duda, ocuparse de política, que para mí es la ocupación más inútil y más baldía de todas»¹⁵. En el capítulo XII de la Quinta parte de *Familia, infancia y juventud* realizó esta declaración:

«No necesitaban insistir mucho para convencer a un español de que la política era un arte de granjería. Realmente, la política española nunca había sido nada alto ni nada noble; no era, pues, difícil persuadirme de que no debía tener confianza en ella»¹⁶.

Podría parecer que lo referido no es más que un prejuicio, un acto reflejo subjetivo, un condicionamiento a priori y no una conceptualización seria, objetiva de lo que era la clase política o esa búsqueda de la España ideal frente a la real, lo que debe ser sobre lo que es. Por desgracia esa falta de honradez, de honestidad, de sencillez de nuestros políticos, no recae en hechos puntuales ni en un fenómeno aislado, siquiera propio de la época. Tampoco se trata de una manía sin más del escritor, sino que se define como algo genético y consustancial al carácter español. Como manifiesta en otras ocasiones, Baroja expuso que si el cura, el militar o el político eran así, y dado que estos arquetipos sociales resultaban ser el reflejo de la idiosincrasia española, era porque el español así lo demostraba.

Al menos, en el caso de la clase política hablamos de tendencias que ni han muerto ni desaparecido del todo. Para Baroja, el concepto de democracia en España conllevaba en su genética interna la corrupción¹⁷, la demagogia vacía¹⁸, los partidismos y una excesiva valoración de sí misma, acompañada de un sentido de la libertad tan absoluto como falso, una especie de abstracción convencional y de una desmesurada falta de educación o de respeto, según también denunciara el propio Ortega y Gasset en su *Democracia morbosa*¹⁹.

Cuando no existe en conciencia una base jurídica, se ignora que es el Derecho, y lo que significa la verdadera educación desde la escuela primaria a la enseñanza superior fuera de tópicos, lugares comunes y meros deseos arribistas e intereses

¹³ F. BELLO VÁZQUEZ, *El pensamiento social y político de Pío Baroja*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, pp. 274-275.

¹⁴ P. BAROJA, *El Tablado de Arlequín*. OO. CC..., T. V, p. 63.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 65.

¹⁶ P. BAROJA, *Desde la última vuelta del camino. Memorias*. OO. CC..., T. VII, p. 598.

¹⁷ P. BAROJA, *Aurora roja*, Madrid, Caro Raggio, 1977, dice taxativamente que «donde hay libertad, hay corrupción», p. 73, Cfr. P. BAROJA, «Contra la democracia». *Artículos*. OO. CC..., T. V, apreciación no solo en el sentido en el que se ve influenciado por Nietzsche, sino por su carácter ácrata, combinada con sus experiencias vividas entre la monarquía y la república.

¹⁸ P. BAROJA, «*Tiempos de retórica*». *Artículos*. OO. CC....

¹⁹ J. ORTEGA Y GASSET, «*La democracia morbosa*», en *El Espectador IV*, (1917), y M. SIMEONI, *Una democracia morbosa*, Madrid, Unión Editorial, 2016

de base ideológico-políticos. Por eso, sin fijación alguna, Baroja expuso lo que veía y no solo él, pues el fenómeno fue denunciado por otros autores. Es el caso de Lucas Mallada y Pueyo²⁰ junto a algunos políticos honestos, desde el repudiado Joaquín Costa Martínez a Joaquín Sánchez de Toca²¹ e incluso el Antonio Maura de «luz y taquígrafos». Se trata de un fenómeno de continuación, ya que el propio Pío Baroja así lo expone en su discurso de ingreso en la Real Academia, con *La formación psicológica de un escritor*²². Fenómeno definido por la naturaleza histriónica, el retoricismo, la desmedida ambición, el covachuelismo que chocaban en la moral y sensibilidad de don Pío:

«Me sentía inactual, indiferente a la política, convencido de que ésta no era nada ni conducía a nada. La política y los políticos no podían atraer con sus manifestaciones legendarias el elemento literario²³. No eran los hombres del final de nuestro siglo parecidos a los del principio con sus tipos valientes, desgarrados y trágicos, como el Empecinado, Mina, Cabrera y los demás guerrilleros de la Independencia y la primera Guerra civil. En un momento (como el actual) de frialdad y de cuquería, en que todo el mundo iba a lo suyo. La política no tenía prestigio».

Añadiendo:

«Retórica, lugares comunes, juego de palabras, histrionismo bajo y cuquería, ésta era, en general, la política. Todas sus luchas, que desde fuera parecían encarnizadas, eran desde dentro esgrima de salón, valores convenidos. Hasta los mismos asuntos personales que parecían de gran encono no eran nada. No se ataba nunca con saña, el enemigo aparatoso del orador era después su particular amigo, así, la política, para el que viva de cerca de los focos donde se producía, sobre todo para los periodistas, constituía una farsa. Años después hice un ligero ensayo de política, y no pude mejorar mi impresión. Vi que no había en ese campo más que palabrería y ambiciones. En España, la política ha sido poco fecunda»²⁴.

El fenómeno de continuidad aparece en el siguiente texto, para hacer notar que nada había cambiado, más bien había empeorado con la república:

«El periodo anterior de inconstancia y de palabrería ha continuado y ha perdurado en España. El entusiasmo por lo que se llama ideología política, que es muy poca cosa o no es nada, las grandes frases, los grandes párrafos oratorios, es lo que ha quedado lo mismo que antes»²⁵.

²⁰ L. MALLADA, *Los males de la patria*, Madrid, Tipografía de Manuel Ginés Fernández, 1890. Hay varias antologías, editadas por Alianza en 1980 y Biblioteca Nueva en 1998. Véase también, del mismo autor, *La futura revolución española y otros textos regeneracionistas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1993.

²¹ J. SÁNCHEZ TOCA, *La crisis de nuestro parlamentarismo*, Madrid, Imprenta de Isidoro Perales, 1914.

²² P. BAROJA, *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua*, contestado por Gregorio Marañón., 12 de mayo de 1935.

²³ Ni había nada de heroico o recordable para rememorar en hazañas, ni se podía establecer un criterio de análisis histórico entre literatura como instrumento psicológico que enriqueciese la Historia. P. BAROJA, «*La Literatura y la Historia*». *OO. CC...*, T. V. p. 1100.

²⁴ P. BAROJA, *Rapsodias. OO.CC...*, T. V, pp. 889-890.

²⁵ *Ibíd.*, p. 893.